

Feliz Aniversario

Autor: Pecado de Seda

Categoría: Amor / Románticos

Publicado el: 13/03/2026



La luz de las velas bailaba sobre las paredes del dormitorio, proyectando sombras íntimas que se retorcían al compás de nuestra respiración. cinco años, desde aquel 19 de marzo noche que nos pusimos habla. Y ahora, aquí, en nuestra cama, el tiempo parecía haber sido detenido, condensándose en este momento perfecto y húmedo.

Fran estaba recostado contra los almohadones de terciopelo azul, mirándome con esa mezcla de ternura y deseo crudo que solo él poseía. A sus cincuenta años, su cuerpo era un mapa que yo conocía mejor que el de mi propia alma. El vello plateado en su pecho, más denso ahora, se enredaba suavemente sobre una musculatura que, aunque ya no era la de un joven, mantenía una fuerza sólida, trabajada en el jardín y cargando cajas en su ferretería. Las arrugas en las comisuras de sus ojos se profundizaron cuando escucharon.

—Ven aquí, Anna —su voz, un rumor ronco que me erizó la piel—. Quiero celebrar contigo.

Yo, a mis cuarenta y dos, sentí el calor subiéndome por el cuello. Mi cuerpo, con sus curvas suaves y generosas, los pechos que él siempre decía que eran perfectos en su peso y caída natural, respondieron antes que mi mente. Me deslicé sobre las sábanas de algodón egipcio, sintiendo la tela fresca contra mis muslos desnudos.

—Toda la noche es tuya, cariño —susurré, colocándome a horcajadas sobre sus caderas.

Sentí su erección, dura y caliente, a través del fino algodón de su pantalón de pijama. Un gemido profundo, casi un gruñido, se le escapó. Sus manos, grandes y con callos, se cerraron alrededor de mi cintura. Sus palmas eran ásperas contra mi piel suave, una sensación de que siempre me había vuelto loca.

—Dios, Anna —jadeó—, todavía me pones como un maldito adolescente.

Me incliné, mis pechos rozando su pecho velludo, y capturé sus labios en un beso lento y profundo. Sabía a vino tinto ya la menta de su pasta de dientes. Su lengua encontró la mía, y un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Mis propias manos se perdieron en su cabello, más fino ahora, pero tan suave al tacto.

—Quítame esto —le rogué contra su boca, tirando de la camiseta holgada que llevaba.

Él se incorporó lo suficiente para quitársela de un tirón por la cabeza. El aire de la habitación, tibio por el calor de las velas, nos acarició la piel desnuda. Me senté de nuevo, mis nalgas redondas aplastadas contra su vientre, y me quité mi propia camisola de seda, dejándola caer al borde de la cama. Sus ojos, oscuros y llenos de una adoración que nunca había menguado, recorrieron mi cuerpo.

—Eres la mujer más hermosa que he visto —dijo, y en su voz no había un ápice de rutina. Lo decía como si fuera la primera vez.

Una de sus manos se deslizó desde mi cintura hasta mi pecho, tomando peso de mi seno. Su pulgar pasó lentamente sobre mi pezón, que ya estaba duro y sensible. Arqueé la espalda, un jadeo agudo escapándose de mis labios.

—Fran... por favor...

—Por favor qué, mi amor? —preguntó, su voz un susurro provocador mientras su otra mano bajaba, desabrochando mi pantalón—. Dime exactamente lo que quieres. Es nuestro aniversario. Lo que pides, lo tienes.

Mis caderas se movieron involuntariamente, frotándome contra la dura longitud de él. El roce, incluso a través de la tela, era electrizante.

—Quiero que estés dentro de mí —gemí, ya sin pudor—. Quiero sentirte hasta el fondo. Quiero que me hagas gritar.

Un sonido gutural, animal, salió de su garganta. En un movimiento fluido, me dio la vuelta y me tumbó sobre la cama. Sus pantalones de pijama y mi pantalón restante volaron lejos. Y luego estábamos completamente desnudos, piel contra piel, el calor de nuestros cuerpos fundiéndose en uno solo.

Se colocó entre mis piernas, que se abrió para él con una confianza de dos décadas. Me miró a los ojos, sosteniendo su peso sobre sus codos. El plumón de cañas en su pecho me hacía cosquillas.

—Te amo, Anna —dijo, simple y crudamente.

—Yo te amo más —respondí, y lo atraje hacia mí.

La entrada fue lenta, deliberada, una invasión gloriosa y familiar. Un grito ahogado se me atoró en la garganta. Él era grande, y aunque mi cuerpo lo conocía, la plenitud inicial siempre me dejaba sin aliento. Un gemido prolongado y vibrante salió de lo más hondo de mi pecho.

—Sí... así... Dios, Fran, me llenas tanto...

Él comenzó a moverse, con una cadencia pausada al principio, cada embestida profunda y rotunda. El sonido de nuestra unión era húmedo, íntimo, mezclado con nuestros jadeos y el crujido tenue de los resortes de la cama. Su pelvis golpeaba contra mis muslos con un ritmo que pronto se volvió más urgente.

—Tu coño... joder, Anna, tu coño es el cielo —gruñó, su frente apoyada contra la mía. El sudor perlaba sus sienes—. Tan caliente. Tan apretado para mí. ¿Me lo das todo?

—Todo —jadeé, mis uñas clavándose en sus fuentes espaldas—. Todo es tuyo. Siempre. Más duro... no te contiene...

Él obedeció. El ritmo se intensificó, sus caderas empujando con una fuerza que hacía que la cabecera de la cama golpeará suavemente contra la pared. Cada embestida frotaba un punto dentro de mí que hacía que las chispas bailaran detrás de mis párpados cerrados. Mis gemidos se volvieron más agudos, menos controlados, mezclándose con sus gruñidos ronc.

—¿Vas a venir para mí, mi amor? —preguntó, su voz tensa por el esfuerzo—. Quiero sentir cómo te aprietas alrededor de mi polla. Quiero oírte.

—Casi... estoy casi... Fran, no pares, por favor no pares...

Una de sus manos se deslizó entre nuestros cuerpos sudorosos, sus dedos encontrando mi clítoris hinchado y sensible. Un círculo preciso, experto, y fue la chispa final.

El orgasmo me tocó como una ola, arrasando con todo pensamiento. Grité, un sonido largo y desinhibido que llenó la habitación. Mi interior se convulsionó alrededor de él, una serie de espasmos apretados que lo hicieron gemir con dureza.

-¡Si! ¡Así! ¡Aprétame, cariño, aprétame!

Su propio clímax llegó unos segundos después, disparado por las contracciones de mi cuerpo. Un rugido profundo estalló de su pecho, y lo sentí entrar en calor y profundidad, llenándome mientras su cuerpo se tensaba y luego se desplomaba sobre el mío, pesado y satisfactorio.

Quedamos allí, jadeando, entrelazados, el olor a sexo ya nosotros impregnando el aire. Su pulso, rápido, latía contra mi pecho. Poco a poco, la respiración de ambos se calmó.

Se desplazó a un lado, pero me mantuvo cerca, mi cabeza en el hueco de su hombro. Su mano trazó círculos perezosos en mi cadera.

—Feliz aniversario —murmuró, su voz ronca de uso.

Sonreí, besando su pecho salado.

—El mejor hasta ahora.

Afuera, el mundo continuaba. Pero aquí, en nuestro dormitorio perfumado a cera ya amor, éramos los únicos dos personas que existían. Y era más que suficiente.

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [Pecado de Seda](#)

Más relatos de la categoría: [Amor / Románticos](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)